

M. A. R. T. A. L. A.

*Donación
V. S. S. M. M. M.*

HEMEROTECA

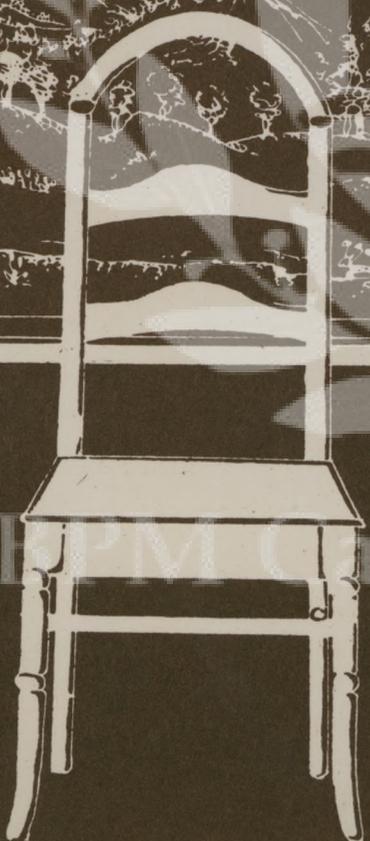


BN I Cardenal Cisneros

revista idealista y a destiempo del final de este siglo.

n.º 7
invierno / 83

HEMEROTECA



vicente de diego caballero	martala. del amor y de la bruma
josé luis riechmann	y con la naturaleza fue la palabra
josé luis riechmann g.	fotografía
isabel colón	jardín desierto
josé antonio de miguel	recuerda
josé mascaraque	breviario poético por si es larga la noche
juan carlos perrino casares	poemas
f. j. castañón	poemas
ben sahl	poemas
alejandro altuna	los poemas de ben sahl de sevilla
vicente de diego caballero	del vacío: la espera
rafael alfaró	kafka, entre el mito y la profecía
josé rojo	estampas de bandoleros: de la impostura estética a la crónica negra del sin sentido
pedro galván lamet	comic: homo oeconomicus

Revista del Cardenal Cisneros

martala / director periodista: rafael alfaró / al cuidado de la edición: adolfo herrera y josé mascaraque / consejo de redacción: francisco castañón, emelina santana, mercedes benito, andrés dueñas, josé antonio de miguel, javier tarancón, elena pulgar gómez, eduardo aladro vico / consejo desponsable: gregorio m. perez, mercedes benito, javier tarancón / edita: asociación juvenil martala / imprime: gráficas dehon, morera, 23, torrejón de ardoz / redacción: camino de los vinateros, 81, bajo c, madrid-30 portada y contraportada: gustavo doré / sumario y pie de imprenta: antón bachvarov y pablo picasso / depósito legal: m. 8644-1982.
patrocinan: fundación banco exterior y fundación santa maría.

MARTALA. Del Amor y de la bruma

Un pájaro ido, Bergamín, lloró, más de una vez seguro lloraría ante la clarividencia, horrorosa y desnuda, ante ese despejarse de la bruma que descubre a nuestros ojos un paisaje, y a veces, siempre, la carencia de éste, el páramo del vacío, o de la nada: el infierno; una huida de la bruma que desvela, y más aún espeja la otra soledad del hombre, su angustia de verse y saberse aislado, único, que es decir cogido, y preso. Lloraría ese pájaro ido y llora Martala, como ave poseedora de un instinto migratorio, si la bruma, y aun un pequeño grosor de ella, de niebla misma, nos faltara, se abriera traidoramente ante nosotros; si faltara (y por qué no decirlo) ese sitio, que no lugar, doloroso y sacrificado, ese ámbito de bruma, pequeño si cabe, donde perderse, y donde extraviar la mirada, el paso incluso, y dudar, para después reencontrarnos y hallarnos de alguna forma trascendidos.

Que sí, que es Martala sensación de aire, de niebla, de oscuridad clarividente: bruma, en fin, y no «fin» ella misma, sino mejor nimbo estacionario para el alma a punto de amar, a punto ya para el Amor. Pues el siglo advierte en la fumarola del volcán, en el humo incierto de los hornos que no ya Aminadab, sino Leviatán fustiga todavía sus espaldas, el carbunco de su cuerpo con opacidad y negrura, con la noche eterna, inequívoca y clarividente de la negrura, la suya, que es la cara final de la Muerte despojada ya del Amor que la entrelaza, que la salva de ser Ella, de morir, de hundirse y hundirnos para siempre.

Y el alma, que traspasa la cuartilla de papel, la frescura impresa de la letra, teme ante la bruma con un temor que tiembla, con el temblor propio de lo vivo, del vivífico latido, que sí, que seguro no sabe, ni sabrá tal vez nunca, pero intuye más allá de ese visillo, trasciende este suave velo de bruma, pues es la Verdad la vía, la guía de Verdad donde el Saber derrama internamente su oro, aquel «no sabiendo» del amante, del místico. «Cómo te vas a encontrar si no te sabes perder; / hay que perderse primero para encontrarse después».

Se nos da en las manos la bruma, la niebla necesaria para intuir algo en ella, tras ella misma quizá, pues es la oscuridad esa parte nuestra que no vemos, como un miembro invisible; ese cuerpo que partiendo de nosotros nos prolonga hacia la divinidad, y toca con ella sin ser siempre necesario notarlo, sin la respuesta o impulso eléctrico, aquél, que no nos llega, y más cuando sabemos que el estímulo está ahí, rozando apenas la yema de nuestros dedos.

Se nos da en las manos la mano de la bruma que toca algo más allá de ella, que urge allí donde el hombre no presiente nada. El tacto de la bruma que toca a Dios, y Lo roza apenas sin apenas nosotros sentirlo. Es ya el Amor; el Amor casi.



VICENTE DE DIEGO CABALLERO

Fragmento: grabado de Parmesano.

Y con la Naturaleza fue la Palabra

Es hábito común entre muchos de nosotros el asociar, de modo exclusivo y casi tortuoso, el Conservacionismo, y más ampliamente la Ecología, con una turba de contornos difusos, compuesta generalmente por biólogos, progres decadentes, ambiguos amantes de la naturaleza, algún científico despistado y, al entender de ciertas gentes, poco productivo, y, en última instancia, por jóvenes sin mejor ocupación. Por ello, y porque corremos el riesgo (el mismo que siempre ha hecho fracasar las ideas marginales e incluso las revoluciones) de que el Conservacionismo sea convertido en moda y que, acorde con las leyes de ésta, se vea reducido a los escaparares y a reclamos publicitarios para sernos vendido luego como un objeto más de consumo u otra exótica sensación, por ello, repito, nos conviene a todos meditar un poco.

Y, sobre todo, tenemos que comprender sin pérdida de tiempo que el mensaje del Conservacionismo es demasiado intenso y profundo, vital diríamos, para que se enclaustre en esas gentes a las que aludimos. Es por tanto necesario, imprescindible, el aumentar sus receptores, el derribar las fronteras ante él. En fin, el acercarlo a las parcelas más íntimas e individuales que cada uno posee.

Con este espíritu formulamos la hipótesis, o ejemplo, siguiente, relacionada con la habilidad más humana que tenemos los hombres: el empleo de un lenguaje articulado para comunicarnos.

De un modo rápido e impreciso, y sin duda también inexacto, podríamos definir este len-

guaje como un conjunto de símbolos, ordenados, que representan a unas determinadas imágenes; y éstas lo son de unos objetos. Sistema complicado pero, en suma, bastante perfecto. Aunque también delicado, pues lo sometemos a una inevitable degradación si vamos sustrayendo esos objetos que son su base.

Tras actuar de ese modo, la imagen va palideciendo poco a poco, hasta llegar a ser inexistente, y entonces el símbolo pierde toda su utilidad y significado. Como ilustración a lo que decimos, valga mencionar al tristemente célebre Dronte o Dodo; ave endémica de la isla de Mauricio que se extinguió en un lapso de tiempo increíblemente breve tras la llegada del hombre. (Ejemplo más bien patético, pues el símbolo casi no llegó a tener objeto tras de sí.) Efectivamente, pocos de nosotros podemos formar en nuestro cerebro una imagen cierta de él al pronunciar su nombre. Y de este modo, hoy, «Dronte» y «Dodo» tienen un verdadero significado o tan sólo para unos cuantos naturalistas, y acaso para algunos visitantes de un museo de historia natural. Pero no para el hombre de la calle, no especialista en estos temas y quizá ni siquiera interesado en ellos.



Alberto Durero.

Retomando el hilo del discurso, podríamos aventurarnos a decir que la pérdida de individuos y de especies irá minando lentamente el sustrato del lenguaje, o al menos una parte de él, y que además, casualmente, será la porción más rica en mitos y simbologías. Aquella en la que los hombres primero creímos y a la que antes adoramos, en la que se asientan nuestros más hermosos logros. Y si vamos perdiendo el lenguaje, (tan defenestrado y adulterado ya en

nuestras grandes ciudades), ¿qué será de la Historia, de las Religiones, de la Literatura, cómo no, y de tantas otras disciplinas común y ligeramente consideradas ajenas al Conservacionismo? Pues no hace falta ser muy sagaz para advertir que todas ellas florecieron por y sobre la vida. Siempre.

Y llegado ahora el punto en que esta argumentación, tan sólo ejemplo, insisto, podría parecer descabellada quizá conviniese ilustrarla de nuevo. Pues ¿qué ocurrirá con el mito de Jonás y la ballena en los próximos siglos si suprimimos a estos cetáceos ahora? Tan sólo quedará como tema de estudio para eruditos y como anécdota para algún curioso. ¿Cómo explicaremos el gran paso que fue para el hombre convertirse de cazador a ganadero cuando no queden animales salvajes? Sus caricatos encerrados en jaulas será lo único que podamos mostrar a nuestros descendientes.

(Ciertamente, sólo ha sido un ejemplo. Pero nos asombraríamos, a poco que pensásemos, de la desmesurada facilidad con que podríamos encontrar otros. Así, la pintura, y los más modernos cine y fotografía, encontraron en animales y plantas sus más bellos modelos. Y podría suceder que la escultura, de tan indestructible material como la piedra, no tuviese una vida más lar-

ga que las que ahora cercenamos. Mas no nos dejemos extraviar entre las innumerables hojas de la hiedra, atendiendo a otras historias, y concluyamos la que, de mejor o peor manera, hemos comenzado.)

Resumiendo: nos enfrentamos a una dramática pérdida de información. Información que por otra

parte no puede ser almacenada en complicados mecanismos cibernéticos, ni en grandiosos museos (extraña complicidad la existente entre las palabras museo y mausoleo), ni en enormes bibliotecas, porque necesita de un atributo imprescindible: la vida. Y si a ésta la vamos extinguiendo paulatinamente, las consecuencias no se manifestarán sólo en el equilibrio biológico, tan desconocido todavía; no sólo será lamentable la desaparición de plantas, y con ella la de posibles drogas curativas, para la Medicina; las variedades genéticas desaparecidas no serán lloradas únicamente por los científicos. El patrimonio que hemos ido construyendo y heredando

pausadamente, siglo tras siglo, también lo podemos perder ahora. Para perdernos nosotros luego. Porque en definitiva, aunque en un principio el coste de nuestras barbaridades lo esté pagando la Naturaleza, será el Hombre el que terminará arruinado, primero, y muerto después.

Por todo esto, lo que deseamos es que el Conservacionismo no sea sólo inquietud de unos cuantos locos, ni que sus logros y derrotas atañan a ese algo tan vago y que, a fin de cuentas, a nadie representa que es la sociedad. Lo que queremos es que todos y cada uno de nosotros lo instalemos en el centro de nuestro pensar y sentir, en esa parcela del co-

razón tan querida como pueda ser para el músico el ritmo o la palabra para el poeta. Y que actuemos en consecuencia. Porque lo que está en juego es la Vida, y sólo conocemos la que tenemos a nuestro alrededor. De ella dependemos.

JOSE LUIS RIECHMANN



Fragmento: Alberto Durero.

HEMIBROTECA



BPM Cardenal Cisneros



JARDIN DESIERTO

«En el silencio de la noche fría / me hiere el miedo del eterno olvido, / ausente de la Luz del alma mía.»

(Fernando de Herrera)



El hombre se dirigió hacia la casa. Veía al sol reflejarse en los cristales del porche y resbalar por las macetas de hortensias. Allí solía sentarse su hermana: una silla de mimbre, un libro en el regazo...

—Elena, sabía que te encontraría aquí.

—¡Qué viejo estás! ¡y qué pálido! Supongo que habrás venido a ver a mamá. Entra.

Llamó a la puerta, y cuando le abrieron pasó sin titubeos a la biblioteca; tocar de nuevo los lomos de los libros, acariciar los muebles y, por fin, detenerse bajo la inmensa lámpara. Evocó entonces las largas noches de su adolescencia en las que, muy quieto en la cama, soñaba con ser un gran escritor y ver sus libros dispuestos al azar en los estantes.

—Sé lo que estás pensando. No, el orden de los libros no se ha cambiado. Nunca pude acostumbrarme del todo a esa vieja ley impuesta por el abuelo.

—Para mí, en cambio, era estimulante la mezcla de títulos. ¿Recibisteis los míos?

Y ahora volvía al escenario de su infancia y adolescencia. No tenía sentido remover de ese modo el pasado. Sin embargo, desde que había recibido aquel telegrama en el que se le comunicaba la enfermedad de su madre, no había dejado de hurgar en el ayer. Los recuerdos habían permanecido al acecho, aguardando el momento preciso para lanzarse sobre su presa, tal vez nunca habían dejado de zarandearla.

Al salir de la biblioteca se detuvo unos instantes al pie de la escalera. Notó que faltaban algunas molduras de la balaustrada.

—¿Por qué te extrañas? ¿No has visto la ruina de la casa?, ¿las paredes sucias, las habi-

taciones cerradas?, ¿el jardín lleno de árboles secos, agostado el césped?

—Pero, el jardín... las hortensias...

—¿El jardín?, ¿las hortensias? No has cambiado: sólo ves lo que quieres ver.

No quería proseguir. En el momento en que la muerte le diera alcance, ¿estarían vacías sus manos?; pocos de sus objetivos se habían cumplido; casi se arrepentía de sus actos, casi, porque, se dijo, le era dado el reconocer sus errores, no enmendarlos. Se irritó consigo mismo al darse cuenta de que tenía miedo. Le parecía que su hermana le hablaba desde lo alto de la escalera.

—Siempre tuviste miedo. Incluso cuando te marchaste de casa. Tenías miedo de nosotros.

—¿Por qué iba a tener miedo? Me fui para triunfar por mí mismo, sin el respaldo de un nombre conocido y una fortuna.

¡Y mira lo que has conseguido! ¿Acaso eres un gran hombre de negocios?, ¿un eminente científico tal vez?, ¿un famoso escritor? ¡No!, sólo un vulgar rimador de versos malos.

—¡No!

—Un poeta, por decir algo, que ha fracasado.

—¡No!, no...

—Calla. Eres incapaz de escapar de tu laberinto. Creaste tus propios mitos y ahora tus mitos te han ahogado. Soñaste con lograr la OBRA, la gran obra que resumiera lo que los poetas han intentado por siglos. No eres nada. ¿Pocos de tus objetivos se han cumplido?, ¡ninguno! Tus poemas morirán contigo y ni el más leve rastro de ti quedará sobre la tierra. Y como hombre no han sido mejor, nunca has tendido la mano a quien te pedía ayuda.



—¡No!, ¡te equivocas! Mi poesía vivirá por siempre, y yo con ella.

¿O no?, tal vez había fracasado, como hombre... y como poeta. ¿Sería castigado, por haber soñado con la inmortalidad, a volver eternamente a la tierra sin conseguir la pervivencia a través de las palabras? Empezó a subir, muy lentamente, los peldaños. «Tu abuela murió con dignidad, con la elegancia del que ha perdido y se despide costésmente de la concurrencia. Recuérdalo.» En el descansillo de la escalera dormitaba el banco de madera tapizado de cuero rojo, en la pared bostezaba el retrato. «De mi madre, tu abuela, he heredado la indolencia; extraña mezcla la mía, mi padre me recomendaba la acción, mi madre trataba de enseñarme que vivir es como dejarse llevar por un río.» Recomenzó la ascensión. Cada escalón era una etapa de su vida que iba recordando. Nunca conseguiría llegar al final.

En lo alto de la escalera le aguardaba una enfermera. «No fatigues a su madre, sólo soporta visitas breves.»

—¿Visitas breves?, ¡sí aquí no viene nadie!

—El suicidio puso en marcha viejos odios...

—¿Suicidio?, di más bien asesinato.

—Elena, por favor.

—¡Cómo juegas con la verdad! Dices suicidio, cuando la realidad es muy diferente; dices suicidio, así, de una forma impersonal, como si no te concerniera. Todos me impulsasteis, ¡sí!, también tú, aunque ya no estuvieras en casa, ¿por qué no contestaste a aquella carta?, después de todo fue una tontería mandártela. ¡El suicidio...! La soledad vivida en compañía es la peor de las soledades. Supongo que de eso sabrás mucho.

No se atrevía a entrar. Se sentía tan vacío y asustado como después de una de esas peleas con Elena. ¡Cómo odiaba su risa sarcástica!

Antes de llegar a la cama le sorprendió la voz de su madre. «Has tardado en entrar.» Conversaron durante horas. A ella las palabras le salían empañadas, las frases de él se quebraban en suspiros; la anciana permanecía tranquila, él agitaba sin cesar las manos hasta que ella, bruscamente, se las sujetó con las suyas. El murmullo de las voces se perdía por la escalera. Creó la mejor de las realidades. Ella lo sabe y sabe que tú lo sabes. Anochecía. La negrura era cada vez mayor. Nadie entró a encender las lámparas.

—¿A qué viene pensar en la soledad? En el fondo te alegras de haber sido un solitario.

—¿A quién le puede gustar?... He fracasado como hombre, y ya casi dudo de haber sido un poeta.

—¡Vaya!, ¡al fin lo has reconocido! Pues, hijo, has tardado lo suyo, claro que más vale tarde que nunca.

—¡No me haces daño! Después de todo estás... muerta

—¿Entonces con quién estás hablando?

La enfermera tuvo que repetir tres veces la advertencia. Era tarde y debía marcharse. Besó a su madre en la frente. No podría decir si ella

le recordó la dignidad de la abuela, de pronto le pareció que el alma le estallaba en mil pedazos, y sintió que del fondo de su garganta le brotaba un negro clamor; no podía dejar de gritar; ¿por qué no encendían las lámparas? Por fin, se calló y esbozó un vago ademán, como quitando importancia a su exabrupto.

Encima de la cabecera del lecho, Elena, encerrada en el lienzo, leía sentada en el porche, ni siquiera levantó los ojos para despedirse de su hermano.

La puerta del jardín se cerró con un chirrido.

ISABEL COLON



Grabado de A. Zoan, según dibujo de Mantegna.

RECUERDA

«Hay otros mundos, pero están en éste.»

Duermen ya, rendidas, nuestras almas. Y desde la serenidad que nos confiere el habernos vencido a nosotros mismos en el miedo, en la pasión, en el llanto, tal vez sea llegado el momento para que recapitemos sobre lo que somos, fuimos y, ¿quién lo sabe?, acaso seamos.

Y nunca más a propósito que en este Otoño, más desapacible si cabe por esa extraña bonanza en el ambiente, esa broma estúpida de algún silfo que, envidioso de nuestra felicidad recién alcanzada, quiere impedir que nos acurruquemos en el fondo de un edredón o compartamos un paseo bajo la lluvia con los castaños de la Fuente del Berro.

Pero mejor será que, dejando volar nuestras memorias, una en realidad como uno es nuestro sueño y uno es nuestro anhelo, rememoren en silencio el futuro que vendrá, visión de dos espíritus cuyo único pecado, de soberbia, como lo fuera el de Lucifer, consistió en haber aprendido a ser felices.

Así, recordaremos otra tarde-noche de otro Otoño en que, sintiéndonos descendientes directos de aquel poeta que cambió un paraíso por el vaso de vino que le ofreciera una virgen a la sombra de un dolmen, acompañamos a los «picacos» de San Vicente en su peregrinaje hacia la nada en el que, al igual que los antiguos sacerdotes de Attis, castrarán sus frustraciones (infidelidades o testículos, ¿hay acaso tanta diferencia?) mientras libremos del cáliz benemérito que otro elfo (partidario éste del amor como causa última y primera del arte) nos ofrecerá con



Minotauro de Cami.



Picasso.

su mano izquierda mientras entona con la derecha el oro del Rhin.

Seguirá nuestra entelequia nostálgica por otros caminos, por otros hombres, y mientras dejamos atrás a los mediocres que nos hablarán de aulas, de horarios, de grandes ciudades, permíteme un alto en el camino para saciarme en otro recuerdo, no por más material menos mágico: la del toro bravo, jayán de mi tierra, orgullo de una raza que fue y que en un gesto de esa deidad que lleva implícita, nos brindó su propia resurrección antes de embestir a nuestros perseguidores, esos grises urbanitas que creíamos haber rezagado y que no admiten que, sin falsas modestias y sin maceros vaticanos, hayamos dado con el método para vivir en paz con nosotros mismos.

Por eso, mejor será que vayamos despertando y, haciéndoles una última finta (sólo los dioses saben cuánto más podrá dar de sí esta locura que nos lleva directamente a su árbol de la ciencia), les hagamos creer que aceptamos sus normas, que nos sometemos a sus usos y reglas, a sus modas y prejuicios, para que así, mientras están ocupados en lo mona que vas con ese vestido o lo responsable que soy al quitar ese arete de mi oreja izquierda, pueda nuestra inconsciencia fugarse en vaqueros (o mejor, ¿por qué no?, desnuda por completo) a recorrer esos cientos de veredas que aún nos quedan por recordar.

Y si, algún día, un gran cazador de safari logra (Dios no lo quiera) atraparla y domesticarla en uno de sus zoológicos, quiera el destino que hayamos sido capaces de engendrar ese mínimo de ternura en cualquiera de los que nos sucedieron.

JOSE ANTONIO DE MIGUEL



Hojas de Poesía



Breviario poético por si es larga la noche

Se turba el ánimo —del poeta, pues la palabra es el ánimo de su ánimo— y, tal ave perdida, no sabe qué papel tiene el papel cuando, al roce de la pluma, cede el blanco y se vislumbra un horizonte sostenido por grafías, signos y silabas pintas: tal vez con una tilde fuese suficiente para acabar un poema ya naciente como bastó un poco de escarcha para que pariese, tan declaradamente, la Virgen (cuántos siglos, ¿verdad?), ya que las cosas de poesía van despacio y la letra con amor entra o los versos tienen acento como de Niño cual Sol de Diciembre, El, más pequeño que la llama de un candil y que, sin embargo, al ojo quema y al corazón hierve, etc., etc., hasta que, como Estrella de la Mañana (¿lo crees?), alumbre a esta noche oscura del Mundo.

Pues la Aurora es la flecha que abre la herida de la Luz o, mejor, nos conduce hacia dentro de la luz y hasta la luz asalta, como si en la claridad no cupiese ya nada más que la palabra herida, desangrada y (despierta la noche) la palabra fuese poesía, palabra poética, palabra concebida, pronta para su parto: y, así, lo ya nacido aparece y, después de deslumbrar, empalidece, se oculta, se anonada hasta la anihilación, pues qué sería de lo nacido... si no huyese de tantos hijos de la intención que no soportan lo que pasa inadvertido, armados de verdades, de preguntas, «mas sin caer en la cuenta de que su saber se refiere tan sólo a algo general», verdades de más o menos, es decir, de las de andar por los castillos y pare usted. Por eso (acaso la Poesía) «flota a solas en el océano de la vida...; irá a su oscuro lugar donde brota, tímida, la fuente, la fuente por escaso que sea su caudal, de la vida»: de aquí que el poema también sea «algo inasible, soplo, respiro. Presencia que no se exterioriza... aunque no pida ni tampoco se niegue a ser vista», se dice en Claros del Bosque de María Zambrano, hablando de lo escondido, que «el ánimo va y vuelve sin ser notada» tal una paloma que a un columbario desconocido fuese con «ese vuelo al que ningún análisis científico puede dar alcance».

JOSE MASCARAQUE

HEMEROTECA

Canción para Liliana

Allá, donde tú estés, habrá horas
que sean sólo mías, espacios
que refengan mi aroma,
caudales de sonrisas esperando
mi presencia voraz como la vida.
Porque,
hay algo en ti que yo he creado:
un jardín que sólo mis ojos abren,
una sinfonía que aguarda derramarse
en tormenta al contacto tibio de mi voz.
Por eso, he conquistado la tierra
que tu pie combate
y he llenado de pensamientos
cuanta luz se nutre de mariposas
que corren de tu fantasía al aire.
Qué gozo estremece mi carne sabiendo
que en ti poseo un hogar,
allá, donde cualquier otoño
reciba tus manos y tu frente.
Porque,
mi conquista no es el tiempo,
sino tú, que permaneces en su cauce,
poco a poco entretejida de aire,
sueños, carne y malvas.

BPM Cardenal Cisneros

HEMEROTECA

Sonata en gris/agosto para Madrid

En mi cuaderno de bitácora te he escrito
un día que mi memoria no guarda
con fecha. Tan cerca de ti posaron
mis ojos sus palomas
que no pude romper el dolor
de tu velo en mi boca.

Hoy Agosto te circunda con manos
grises y he vuelto
a correr por calles como arterias
que llevan, sin fin,
los nombres que amé y tú
escondes. He entendido que algo
nos une: ellos

que son nuestra historia, ciudad
sin límites, ciudad que sobrevives
a la muerte que te devora.

Hoy Agosto te visita
con tierna lluvia y estás
pálida de cielo,
húmeda y hermosa.

Cuántas cosas he de decirte,
ahora que el corazón se fue
y he recogido otras rosas:
te agradezco estas raíces y estas alas,
este olor de almizcle
que has dado a mis palabras,
mi adolescencia
de gotas tibias de plata.

Hoy Agosto de metal sin brillo,
tu puerta del sol, la plaza
mayor, el Retiro
inunda de serenidad y estío.

JUAN CARLOS PERRINO CASARES

BPM Cardenal Cisneros

HEMEROTECA

Madrid, nocturno de otoño

Octubre grácil y soberbio
clamaba en mi levísimo insomnio
cual impecable «suite» que enloqueciera —diminuta—
entre amarillos salones de diademas juveniles.

Ah Madrid, cuán trágico descendía
hasta el afable encanto de una luciente cabellera
cuando tras este breve cortejo de heridos carruajes
aquel gris sucesivo, quizá musical
—estremecido sobre los últimos bulevares
en la noche como un venado feraz,
instantáneo, casi aligero—
aún engendrara su reposo.

Y así, amante melancólica, entorno a ti
alguna voz embrujada —suave o viva—
junto al abismo burbujeante de amor
ya se rendía.

Oh tú purificador reino de ausencia o de ternura,
de radiantes esperanzas
que en artificial dominio asedias
nuestra propia asunción
hacia la humedad del pensamiento.

Madrid, ¡mirad!, ¿no véis cómo danza
bajo ese murmullo carnal de sus escarlatas luminarias?
Apenas sin luz, mendigo del rubor
de una princesa que antaño inclinara un tulipán
sobre los siglos de sus calles.

BPM Cardenal Cisneros

HEMEROTECA

Capricho vienés

A la pianista Marie Pleyel.

Sí, yo advertí tu capricho encantador
tras esa copa de cuarzo rosa rebotante
al detenerse, sobre nuestra piel,
quebrada en mil pedazos,
mientras elegantes bosques de plata ya giraban
alrededor del bravísimo Danubio
cuando sus aguas confundiera
en una transparencia de candelabros y violines.

Así, mi ardor musitara tu frente
por aquella errante cenicienta magnífica
acosada casi entre espejos,
que protegiera aquí o allá un cisne dócil de blancura,
acaso —por hechizo— un intocable cervatillo malicioso
sepultado por aquel preciso césped
estrenado en armonía.

Y bajo su discreto pañuelo original, espléndido,
olvidé ese guante en azul
que se aferraba solitario e indeleble
a toda orquídea respetuosamente aletargada
en el despuntar de tu pecho,
cuando un beso apenas escondieras
más allá de este abanico aleteante
cual mi pulso espíara soñoliento
sobre la nostalgia huida desde un alicortado perfume
si al fin nuestro excelso momento desdibuja.

¿Adónde asirme ahora veloz preludio
del sur o del oeste?
pues todavía arañas en ti misma
la frescura de una polka distraída,
porque hiciera yo desvanecerse
siquiera un brazalete de escarcha
si agonizara presuroso.

BPM Cardenal Cisneros F. J. CASTAÑON



ابن سهل

HEMEROTECA

BEN SAHL DE SEVILLA,
traducido por TERESA GARULO

Has robado mis ojos y el sueño han olvi-
[dado,
y me has hecho coger de tus mejillas una
[pasión lozana.

¿Acaso mi deseo puede olvidar una boca
cuyos labios señalan el fin de mi paciencia?
Ay Musa, ay parte y todo de mí
—lo digo de verdad, que no es metáfora—,
me has hecho descender de las alturas
cuando cortaste mi esperanza,
¿cómo has podido unir en mi yazm y jafd?
Con los rayos del sol me até los dedos a la
[suerte
y la suerte me los corta a dentelladas.

* * *

¿Qué te parece visitar el río,
cuando ya el rostro de la tarde se ha teñido
[de rojo?
Es delicado el manto del crepúsculo
y en la mejilla de las aguas florece la rosa
[del sol
que juega con la lámina de plata
mientras se vierte el oro en nuestras copas.

* * *

Radiante y perfumada de fragancias,
la creó Dios de almizcle y luz;
mira como una tímida gacela
y anda como una tórtola atrevida.
La blanca punta de sus dedos
ha teñido de negro y parecen
cálamos de alcanfor mojados con almizcle.

Ven de mañana a disfrutar
y a beber vino
pues no hay inconveniente para los amantes.

Aprovecha el momento de la unión antes
[de que pase,
Ya han regado el jardín las lágrimas de la
[nube
y muestra sus maravillas ocultas:
rosas, azahares, blancas margaritas
que huelen como almizcle,
y pájaros que cantan alegres.

Levántate, ven a beber el vino añejo,
en cuya copa aparece el color rojo de la cor-
[nalina
en la mano de una gacela de talle elegante,
cintura esbelta, delicada,
que brilla como la luna
y contra quien me rebelo por mi amor ar-
[diente.

Al ver la noche ya canosa,
a las estrellas brillantes caer hacia su ocaso
y a las palomas cantar maravillosas melodías,
llamé a mis amigos cuando brillaba la aurora
diciendo a gritos:
«Venid a disfrutar y a beber.»

Alabado sea quien creó esta gacela
a quien digo, mientras el fuego llena mis
[entrañas:
«Concédeme, generoso, la unión, oh hermoso
[embriagado.»
Y ha desenvainado las blancas espadas de
[los ojos,
que piden guerra,
y ha cubierto de heridas el corazón atormen-
[tado.

Estoy extenuado y mi corazón está en-
[fermo
por el amor de un joven avaro en conceder
[la unión;
¿cuántas veces le he dicho: «Deja esos lar-
[gos reproches,
¿no ves que he tirado las armas
por completo?»!
Lo más dulce del amor está en la humillación.



LOS POEMAS DE BEN SAHL DE SEVILLA

Pararse a leer la obra de un poeta sevillano del siglo XIII, descendiente de judíos y convertido al islam, enamorado de un muchacho llamado Musá, al que dedica gran parte de sus poemas, y muerto en un naufragio cuando se dirigía a Túnez, puede parecer empresa de eruditos, cuando no veleidad culturalista. Y, en cierto modo, esto coincide con las dos grandes posturas con las que se abordan las literaturas periféricas, es decir, las que existen al margen —aunque no sin contactos— de la literatura occidental. La erudición ha sido un medio para seguir condenando esa literatura a ser la literatura de los «otros»: la ingenuidad, por no decir la ignorancia, ha hecho que, en muchas ocasiones, se adopte un gesto de sorpresa ante originalidades que llevan no menos de cinco siglos repitiéndose. Erudición e ingenuidad no son, sin embargo, posturas radicalmente contrapuestas: coinciden al menos en su actitud paternal, en defender, a fin de cuentas, la idea de que los bárbaros también piensan. Pararse, entonces, a leer la obra de un poeta sevillano del siglo XIII, debe convertirse en un acto del mismo calibre que leer a cualquier poeta occidental de la época, evitando que el conocimiento sustituya definitivamente al placer, o que un falso placer nos haga perder el tiempo.

Ben Sahl de Sevilla es un poeta fundamentalmente amoroso. En sus poemas aparecen, no sólo los temas tópicos que la poesía árabe estableció casi desde sus comienzos, sino también toda la imaginaria tradicional, en la que las comparaciones se fijan cuidando hasta los mínimos detalles. La herencia de la poesía beduina, el lenguaje rebuscado al modo de Ibn Zaydún, poeta andalusí del siglo XI, y la métrica novedosa, como la moaxaja y el zéjel, hacen de Ben Sahl uno de los poco supervivientes del siglo XIII, en comparación con la esplendorosa poesía andalusí de dos siglos antes. Al-Andalus deja de ser, en la época de Ben Sahl, un centro cosmopolita y refinado: la influencia oriental, de la que en todo momento se habían nutrido los poetas andalusíes, se interrumpe. Los siglos XII y XIII andaluces son, así, siglos polémicos para los estudiosos: mientras unos defienden un radical estancamiento de las letras, otros consideran que, a pesar del evidente receso, no dejan de existir poetas brillantes, especialmente en levante, dentro de la que García Gómez ha llamado escuela levantina, iniciada por Ibn Jafaya.



La polémica desatada en torno al siglo se ha adentrado también en la consideración de la obra de Ben Sahl. Su conversión al islam en los comienzos de su carrera literaria despierta opiniones encontradas en cuanto a su autenticidad. H. Mones destaca que, puesto que en el siglo XIII la pertenencia al islam no reportaba ya ningún beneficio, la conversión de Ben Sahl debió de ser sincera. Dejando de lado esta cuestión, se puede afirmar que la falta de protección que dispensaron los gobernantes de origen beréber a la poesía dio como resultado una renovación en un triple sentido. En primer lugar, y con objeto de extender la poesía fuera de los círculos cortesanos a los que ya no interesaba, se adoptan los metros populares, fundamentalmente la moaxaja y el zéjel. En segundo lugar, el panegírico y el poema báquico pierden terreno con respecto al poema amoroso y descriptivo. Por último y, quizá, como consecuencia de lo anterior, la poesía se hace más auténtica y el poeta más libre del poderoso. Ben Sahl es considerado, así, como uno de los poetas más auténticos de Al-Andalus.

La fama de Ben Sahl hizo que se incluyeran algunos de sus poemas en «Las mil y una noches», así como que se relataran anécdotas cuyas referidas a su amor por Musá. Se cuenta, por ejemplo, que debido a su invencible timidez, nunca se atrevió a declarar su amor al joven y que, para hacerle conocer sus sentimientos, se valía de escribir poemas en los papeles con que envolvía las especias que Musá compraba en su tienda.

Es claro, pues, que, a pesar del sentimiento generalizado de decadencia que se vivió en la época, y de las afirmaciones posteriores de los estudiosos en torno al estancamiento de la cultura de Al-Andalus durante el período, la poesía siguió alcanzando cimas respetables, y, lo que es más importante para nuestra sensibilidad occidental, se colocó decididamente fuera de los círculos cortesanos, cuando no en contra de ellos. El caso de Ben Sahl es, a mi juicio, sintomático: poeta al margen de la corte, de inspiración marcadamente amorosa, supo invertir el orden de los dos polos entre los que se ceñía la poesía andalusí anterior, primando el sentimiento sobre el artificio, al contrario de lo que hacía la lírica de los siglos de oro de Al-Andalus.

ALEJANDRO ALTUNA



FRANZ KAFKA

HEMBRE TECA



Del vacío: la espera

Aniquilarse, para que algo se produzca. Romperse, para que ese cuenco donde descansa todo lo nuestro también se rompa, estalle y se viertan todas las formas captadas, todas las aprehensiones, ilusiones, sueños y fantasmas que en él moran, y hasta a veces duermen, y se despiertan... Y que una vez roto se vierta también la nada que siempre, casi siempre todo lo llena. Así nace el vacío. Renace, pues ahora se vacía de todo eso que necesita siempre estar llenando algo, eso que se introduce tempranamente en nosotros y se dilata, crece, y al no poder traspasar ya ciertas paredes, ciertos límites, parece llenarnos por completo, privándonos de ese espacio vital donde actuar libremente, negándonos la extensión, aplacándonos en suma. Al contacto con ese «lleno» que nos rebosa acusamos nuestras lindes, límites en los cuales solemos asfixiarnos. Así, estando llenos nos topamos con la frontera de lo nuestro.

Y se vacía este vacío rompiendo primero el fondo (pues no debiera tenerlo el alma), aquél que fue cimentado por nuestro miedo a lo absoluto, por nuestro miedo a estar vacíos, a ese abismo que somos; el fondo donde las primeras formas pudieron asentarse (pudieron «decantar» que diríamos; vienen a ser el precipitado en nosotros de la vorágine externa), sus imágenes, sus continuos desenvolvimientos, la idea, el concepto, sus mimesis y metamorfosis, los sueños.

Quebrado una vez el fondo, abierto, todo es ya amasar esa nada que nos llena, y que en nada se asienta y sobre nada descansa. Aquietarla, a la espera de la llamada o del chispazo que la convierta toda, que nos convierta en TODO.

VICENTE DE DIEGO CABALLERO

KAFKA, ENTRE EL MITO Y LA PROFECIA

En el centenario de su nacimiento

A los cien años del nacimiento de Franz Kafka (Praga, 1883), me pregunto: ¿se han convertido sus mitos en profecía? ¿o han sido tan sólo gritos, palabras de angustia de un hombre obsesionado por sus problemas personales? O, con otras palabras, ¿qué le dicen al hombre de hoy esos tremendos mensajes de soledad y desesperación del escritor checo? ¿Nos sirve su buceo de búsqueda por las interioridades del hombre torturado a causa de las estructuras sociales y políticas, o hemos de olvidar estas novelas como propias de un ser alienado y dejar que lo entierre el polvo en su casilla de la Historia de la Literatura de nuestro siglo XX?

Tres son los mitos esenciales de Kafka. Corresponden a los títulos de tres importantes narraciones: El proceso, símbolo de la culpabilidad del hombre; La metamorfosis, mito de la soledad; y El castillo, mito de la desesperanza. Enfrentarse con la lectura de estas obras geniales es ponerse en comunicación con unos personajes sobrecogedores, que nos contagian con su angustia y su ahogo.

Estos mitos brotan de la pluma de Kafka como de una experiencia personal ante la vida. Franz Kafka se nos presenta como un caso patológico. Así nos lo muestra Charles Moeller en su Literatura del Siglo XX y Cristianismo. Desde sus primeros años, siente el peso insoportable de la autoridad de su padre. Lo condicionará para toda la vida. El mundo se irá poblando de padres enigmáticos, de espías que lo acechan. La sociedad, el amor, la religión, el trabajo, todo tendrá la máscara del padre, sagrada, misteriosa, condenatoria. Imposible liberarse de esta obsesión. Kafka vivirá el absurdo de la vida. Se sentirá, en expresión suya, la lombriz de tierra medio aplastada de un pisotón, que se libera arrancándose por su parte anterior y se arrastra de lado. El que le ha dado el pisotón es el padre. En el fondo de todos sus mitos está la imposibilidad de vivir. «Lo asombroso —dice Ch. Moeller— es que, tomando como punto de partida una experiencia personal morbosa, Kafka haya llegado a lo universal y haya creado una moderna mitología de la desesperación que, desde 1920, queda vinculada a la situación europea.»

Pero, a su vez, estos mitos responden a la angustia y desesperación de los hombres de nuestro siglo. Kafka, quizás sin pretenderlo, ha sido su creador, su expresión más gráfica. «Es imposible vivir, es imposible no vivir»; «somos inocentes y, sin embargo, culpables»; «debemos justificarnos, pero no podemos hacerlo»; «hemos de encontrar un lugar, una patria, y no lo conseguiremos nunca». Somos agrimensores que nadie ha contratado; lo dejamos todo para dirigirnos a un país nuevo, a un castillo maravilloso, pero no nos espera nadie. Dondequiera que nos encontremos somos culpables y, antes de pronunciar una palabra de defensa, ya estamos condenados, expulsados, arrojados. Todo es adverso para el hombre. Este es el mito kafkiano: la vida es un atolladero sin salida. Por ello, la obra de Kafka, afirma Ch. Moeller, se balancea incesantemente entre la angustia del sufrimiento, del destierro y de la culpabilidad radical del hombre por su complicidad con las fuerzas que lo destruyen. Kafka ha sido el profeta de la soledad del hombre, de la inviabilidad de la vida. Como Rilke, ha visto el mundo como un reino de silencio, de desolación, de soledad. Los relatos de Kafka son, en efecto, una especie de descripción anticipada de la situación europea después de la Segunda Guerra Mundial que el escritor no pudo ver, pues murió en junio de 1924.

No obstante la tragedia humana que representa la obra de Kafka, hoy la leemos con un sentido de superación. El mito de la culpabilidad, que corresponde a un deber incumplido, se está superando con la filosofía de los derechos del hombre. Asimismo, la Teología está abundando en el sentido de la reconciliación. El cristianismo no es

otra cosa que el sentido del amor de Dios, presente en el corazón humano; es un misterio de salvación, no de condenación.

El mito de la soledad tiende a superarse con la comunicación. Nunca como hoy hemos estado rodeados de tantos medios de comunicación. ¿No podrá el hombre liberarse de su soledad interior? ¿Será un incapaz de la comunicación? La metamorfosis o La madriguera, ¿serán una eterna profecía de la soledad que hemos de desmitificar cada año, cada generación, cada siglo?

¿Y el mito de la desesperanza? ¿Serán los hombres capaces de vencer su sentido de frustración? El hombre tiene derecho a la alegría, al amor, a la vida, a la libertad. La justicia está en favor del hombre por encima de la burocracia. Ante el valor de una persona, todas las leyes son un soplo. No, el hombre no es sólo una ficha. El sentido humanitario y humanista de la vida le proporciona un ámbito distinto al anunciado por Kafka en sus relatos. Kafka es una especie de maleficio que hemos de exorcizar.

Por otra parte, la poesía y la teología son una invitación a la vida. La misma revolución juvenil del mayo francés del 68 traía al mundo un aire nuevo nada pesimista: «La imaginación al poder». El hombre quiere encontrar cauces nuevos a su peripecia vital.

Aunque todos los personajes de Kafka sean hombres fracasados, el escritor, más que condenar al mundo, se condena a sí mismo: «Comprendió —dice Moeller— cada vez más la distancia que le separaba de la humanidad normal; quiso medir esa distancia, reconocer su posición, considerar sus posibilidades de hacerla más justa. La conclusión es trágica para él: no tiene razón, es él el culpable; el mundo, comoquiera que sea, incluso si le ignora o le mata, está en la verdad».

Los personajes kafkianos, que no son sino expresiones de la autobiografía del escritor, nos están pidiendo una mirada de compasión. Precisamente José K., el protagonista del Proceso, expresa este deseo: en el momento en que es ejecutado y ve sobre sí los cuchillos, ve también una lejana silueta que se asoma a una ventana. Es la mirada de la esperanza. Alguien, algún día le dirá: «A éste debéis salvarlo. Este viene a verme».

Los personajes de Kafka son mito y profecía del hombre deshecho, sumido en la hondura de su soledad, de su in-comunicación. Ante este hombre parece que se cierran todas las puertas, que no llegará nunca al castillo a ver al señor que lo ha llamado; vivirá la vida como un desconcierto, sin otra esperanza que la de morir para liberarse.

Pero esta profecía dejará de tener sentido apenas asuma el hombre su destino de libertad, de apertura a los demás y de amor. Sí, la vida como un acto de servicio. Los que vivimos en este último cuarto de siglo tenemos muchos motivos de superar los mitos kafkianos. No obstante, éstos no pueden ignorarse y, menos aún, ser burlados mediante la necedad, la droga, el confort, el hedonismo. Sería el modo de volver a hacer realidad estas profecías tremendamente trágicas y dolorosas.

¿Se necesitará otra convulsión histórica para que el hombre baje a la madriguera de sí mismo a comprobar de nuevo lo profundo y lo trágico de su soledad? Sería volver otra vez a Kafka, a la red inextricable de sus mitos. No, que Kafka no vuelva a nacer. Sólo deseamos conmemorar su nacimiento.

RAFAEL ALFARO

Estampas de bandoleros: de la impostura estética a la crónica negra del sin sentido



GEOGRAFIA DE UN PRESAGIO

Cualquiera que se adentre por el camino de carros que va de Corrientes a Casas Blancas, se perderá en las tortuosas cuestras que enfilan visualmente al despeñadero próximo al caserío que aparece — como surgiendo de la tierra — al remontar la última meseta denominada **Alamo Quebrado**. La orografía del paisaje presta su atención a las grandes zonas llamadas **Bocas del Lobo** que se manifiestan al anochecer cuando se adscriben a la desolación del paisaje, en una declinación pronunciada de aristas viscosas y paredes laminadas, dispuestas oblicuamente a la perpendicular de la sima del desfiladero, como lanzas de piedra que impiden toda contemplación sin experimentar un extraño presagio, quizás preludio de una noche iluminada de azul indefinido que tiñe cuanto alcanza a la vista envuelta en sombras dispuestas extrañamente en rededor.

La gélida brisa filtrada por las formos tortuosas de la serranía, cortaba en un sesgo afilado los últimos brotes calientes del rostro, obligando a entornar la mirada de lince que espera escrutando las sombras lejanas.

LOS DISCIPULOS DE LA NOCHE

Donde el camino remonta la curvatura del altozano flanqueado por dos viejos olmos, un rumor

no lejano se acrecentaba al paso en que iba avanzando la prisa, el temor, la zozobra por llegar cuanto antes a la Venta de Los Grajos, primera estación prevista del viaje. Los cascos de los caballos retumbaban en el camino con el nervio doloroso que imprime el látigo en un chasquido seco. Al tomar la curva de la incertidumbre, donde refriegan las ruedas del carruaje una sordina de polvo adentrándose en la premonición, cuando se abrazan las zapatas a la llanta de hierro que guarnecen las ruedas desacompañando el movimiento de los radios, una voz bronca gritó: «¡Alto!» con la improvisada precisión que en un momento tensan los sonidos rotos de la garganta, imposición espectral que se imprimió en el polvo, en las sombras y en la luz frenada de la noche.

El zarandeo final de la sorpresa balanceó los cuerpos sumidos en la incógnita de tan siniestra parada. Los rostros lechosos se reflejaban unos a otros en una mirada de interrogación y duda, dando paso al temor de lo que, allá, en el punto de origen, ya advirtieron las gentes del lugar: «Hace días que vienen rondando salteadores por la comarca. No sería extraño que se toparan con ellos. Claro que, si tienen **contribución...**». El cochero y el mayoral se habían cruzado ya una conspicua mirada de entendimiento cuando el anciano lu-

gareño observó a la corneja augur remontar su vuelo —corto y pausado— al otro lado del camino, adentrándose en los encinares.

EL PACTO DE LOS BANDIDOS

«¡Echen pie a tierra vuestras mercedes, rápido!», aprestó el cabecilla de la banda amenazando con el trabuco, mientras dos de sus secuaces, surgidos de entre los olmos, apoyaban la acción dominando las situaciones a cualquier eventualidad. Un cuarto bandolero rezagado, de presencia algo más imponente y segura, aparecido no se sabe de dónde, cruzaba unas palabras en extraña convocatoria y conspiración con el cochero y el mayoral de la diligencia, al tiempo que bajaban los viajeros temerosos y abrumados por su incierto destino. No había concluido aún el desalojo, cuando el bandido amparado en la prudencia de las sombras, dando por terminada la conversación con el mayoral, exclamó: «¡Nemesio, paso franco, que tienen pacto de indulto con la Venta del Santicó!»; dicho esto, volvieron a subir los pasajeros al tiempo que replegaban sus posiciones los salteadores, reanudando su marcha la diligencia.

Los arrieros y los conductores de galeras conocen a los ladrones, hacen tratos con ellos, y, mediante una cantidad por viajero o por convoy, según las condiciones, consiguen paso libre y no son detenidos. Estos tratos cúmplense por ambas partes con escrupulosa probidad, si se puede aplicar esta palabra en tales transacciones. Cuando el jefe de la banda que está en el camino se acoge a indulto, o por cualquier motivo cede a otro sus fondos y su clientela, cuida de presentar oficialmente a su sucesor a los corsarios, que le pagan la contribución negra, para que no les molesten por equivocación; de este modo los viajaron están seguros de no ser desvalijados, y los ladrones evitan los riesgos de un ataque y una lucha a veces peligrosa. Así, todos salen ganando (1).

LA SOMBRA DE LOS RINCONES ENCALADOS

La protección que encontraban los bandidos entre sí o entre sus posibles desvalijados mediante pactos o treguas, no les eximían de sus inciertas circunstancias de proscritos, huidos o desterrados mediante bandos especiales que los arrojaban de sus provincias, sin otra salida que la de echarse al monte y andar de poblado en caserío, huyendo incluso de enemistades entre ellos; empero, esta marginación quedaba estéticamente replegada en ciertas Ventas ubicadas estratégicamente en los límites topográficos que permitían sus movimientos, pues ha de saberse que, el incurrir en acto de fechoría, mientras para unos —la sociedad de clase— el producto de lo robado (a buen seguro las recaudaciones comarcales) potenciaban a la población menos privilegiada (el campesinado), vien-

do en ello una posible movilización de las apetencias reivindicativas de igualdad, para otros —la población humilde de caseríos— el reparto de los botines entre ellos era una forma de acortar privilegios discriminatorios, ya que era obvio que los tales bandidos jamás podrían atesorar riquezas ni crear hacienda, impelidos por la misma justicia que les obligaba a transumar de comarca en comarca. Por ello, las Ventas eran punto de referencia tanto de viajeros como de proscritos. Todos los días la diligencia portadora del correo hacía el viaje hasta la capital, y en «La Venta de Julianón» paraba media hora para desenganchar los sudorosos caballos. El cambio de tiro se aprovechaba para comer apresuradamente un soberbio trozo de jamón con huevos fritos. Al fondo se abría paso a los inmensos corrales y las cuadras, y en el piso segundo, siete anchos dormitorios ofrecían descanso a los transeúntes a quienes la noche sorprendía en el camino. Un trajín de mozos, de criadas, de perros, caballos, arrieros, transeúntes y gitanos animaban la venta, y sus gritos, risas, cantos, llamadas, reniegos y cóleras alzaban una ola de escándalo y de vida (2). Adscritos a las sombras de los rincones encalados de la Venta, bandoleros y enlaces, correos anónimos con noticias de crónica negra carcelaria, daban cuenta de sucesos, bandos, indultos y ejecuciones de afamados o emparentados con otras bandas; era, en suma, la postura del sentido lo que imperaba en ellos. Sabían por qué actuaban, fuera cual fuese su principio de reo con precio puesto a su vida, y, como trágico destino, sabían también cuál sería su fin. No en vano, confundidos entre el personal asiduo y los pasajeros de la Venta, no confiaban su atención, pues a veces hacía también alto en la Venta una pareja de guardias que iba de servicio y se detenía para calentarse a la lumbre. Su aparición creaba entre los presentes un soplo de temeroso recelo en unos, y en los más, una sensación de alivio, de confiada seguridad (3). Toda impostura estética ante el poder queda contrapuesta a una manifiesta postura ética del bandolerismo español, cantado y protegido por el pueblo llano, sin eximirnos de entender de la existencia de auténticos sanguinarios (los menos, según las crónicas) que en más de dos ocasiones caerían en manos de la justicia —a su manera ética— de sus propios congéneres de bandidaje, salvando así la preclara magnitud de una incierta casta.

JOSE ROJO

(1) Teófilo Gautier: «Viaje por España», tomo II, páginas 114-115, Espasa-Calpe, Madrid, 1920.

(2) Roberto Molina: «Chuscós, matones y bandidos». Edición anónima sin fecha. Posible en Madrid, 1943, sin confirmar. Págs. 54-55.

(3) Op. cit., pág. 54.





HEMEROTI



BPM Cardenal Cisneros

PAINTERMAKER - 116NY

G. D. 116NY